

Guillermo Koeven Kampf

ROMANCE DE DIEGO LERMA

I

SE ensanchó de pronto la tortuosa garganta de la montaña y, desde una clara vuelta del camino, la mirada ávida de Diego Lerma cayó, como un neblí, sobre la verdegueante llanura. ¡La llanura! la feliz llanura de su infancia! En inusitados vuelos de emoción fueron sus ojos precipitándose de lugar en lugar, de paraje en paraje, hasta planear indecisos sobre el lejano cajón que alzaba allá, hacia el otro lado, el humo borroso de sus caseríos, en el tardecino cielo estival. De cada lugar, de cada mancha arbolada, velados por el misterioso azul de la lejanía, volaban, al revuelo de su ansia, los pájaros dormidos de sus recuerdos, y sentándose en una piedra, al margen del camino, echó también el alma a volar en el pasado, en el revuelto panorama de su pasado...

Inmóvil como aguilucho, sobre la ruda piedra, frente al paisaje ubérrimo, tendido abajo, su pensamiento iba, poco a poco, retrayendo los hechos sencillos, cotidianos, pero trascendentales, de su infancia. Allá, precisamente, en ese cajón azulado, por el que la tarde iba corriendo lentamente su gran pincelada de sombras, recostadas en sus laderas, estaban las laboriosas tierras de sus padres... Ahí, las nebulosas horas felices de su infancia... (Pero, ¿a qué recordarlas ahora, si en el

recuerdo se le hacían casi dolorosas?). Más acá, frente a esos cerros ariscos que se detenían bruscamente, como tropel de cabras, asustadas quizá de la descomunal serpiente del río, la aldea, en cuya escuela había sido, un tiempo, el terror de los chiquillos... Y acá, en fin, las casas de la Hacienda, las enormes casas de tejados españoles, y patios con azulejos, rodeadas de huertos y jardines, ante los que se erizaba, como un celoso mastín, la labrada verja. A un costado, penumbrosa y llena de aromas de jazmín, estaba la Capilla. Ahí, le solían traer de niño a las misiones y meses de María. ¡Las famosas casas! Mientras el padrecito echaba las últimas amonestaciones, él, con otros chicos, se aventuraban sigilosamente por los interminables corredores, a curiosear, y andaban despatarrados y boquiabiertos, temerosos de romper con sus gruesos zapatos los finos azulejos del pavimento... Y de repente, el eco de una pisada mal dada delante de alguna sorpresiva quimera pavorosa, o algún incontinido: «¡Oyooh!»... de estupor, al toparse entre las matas exóticas con alguna Venus desnuda y mutilada, les hacía huir, como pajarillos asustados.

¿Esos, eran los más gratos recuerdos de su infancia? ¡Ah! no... Esos, eran recuerdos solamente, y por sobre ellos, oscureciéndolos, como un rubio sol, había uno, que era más que todos: una impresión, y una emoción, que aun persistían vivas en su memoria... Clavado, en el umbral de la Capilla, se había quedado una tarde, cuando, al ir a escurrirse con otro chico, que le tiro-neaba de la chaquetilla, una voz había venido de repente, desde arriba... Una voz, como jamás él la había oído—y como jamás la oyera después—, de una dulzura, de una inaudita suavidad angelical, que apagaba, no obstante, con su extraterrena melodía, las profundas notas del armonio. Abierta la boca, muy abiertos los ojos, había mirado hacia arriba, en una como ingenua expectación de advenimientos—¿qué

voz podía venir de arriba, si no la de Dios, o la de un ángel?—y ahí, en el pequeño coro, junto a una señora triste y ataviada de sedas negras... estaba, manifiesto, el pequeño ángel.

Y ya no fué más a mirar los pececillos dorados, a la fuente del jardín, ni a atisbar a la «señora sin ropas», ni a curiosear por los sonoros corredores suntuosos. Ahí se quedaba, embelesado, en la enflorada Capilla, donde sus once años habían florecido repentinamente en una grande y prematura flor de romanticismo.

Después, la vió muchas veces; algunas, por los jardines; otras, por los caminos y prados de la hacienda, acompañada de la imponente señora de ropas negras. Y él la miraba pasar a su lado, extático, abismado en las azules lejanías de su adoración... Y por todas partes dejó, ella, la perdurable estela de su blonda idealidad.

Así, durante cuatro o más años. Durante los años de rigurosa viudez de doña Lucía Inés de Herquíñigo. Después se fueron. ¿Adónde?...

Y él, también, se había ido un día, precipitado en la órbita de su propio destino, y llevando en su corazón la imagen y el altar, y el culto, de esa revelada y pura devoción de su infancia.

¿Cómo se había ido diluyendo, aparentemente, «todo eso», después? ¡Ah! la quimera pavorosa de la gran ciudad, pronto le abatió sumiso bajo sus garras, y aun la misma Venus, le asió con los truncos brazos de insaciados amores fugitivos... Y fué cuajando su amargura, y fué subiendo la marea de una honda desolación. Sus padres, murieron en el lejano terruño; se derrumbó el entrabado edificio de parentela y amigos, y el tiempo cernió los abandonados campos de su niñez con la reja de su arado invisible.

Y viajó, y volvió a la ciudad, que le atrapó ya para siempre. Y aun, prosperó en ella. Pero eso no era todo, y un vacío infinito le llenaba cada día el corazón...

¿Y ahora, adónde iba? No lo sabía... Es decir, no lo había pensado siquiera. Sus padres, muertos estaban, y todo había cambiado en la tierra hogareña... Había venido sin saber cómo, como un desmantelado pensamiento por un mar sin puntos cardinales.

Sin embargo, su frente era aún alta, como una proa, e iba hacia adelante movida por una fuerza sonámbula, por la hélice de lo subconsciente... Y al ver esas tierras, negras, perdurables más que los seres, sintió que la raíz honda de su existencia volvía a retoñar en ellas, a cobrar nuevamente, a su contacto, ocultas fuerzas de vida...

Y, simultáneamente, el jadear de un motor en la cuesta arriba, le sacó de su grande ensimismamiento. Se volvió a mirarlo, al pasar, algo ofuscado todavía. Y mientras el auto subía, dejando prendidas en la cóncava tranquilidad de la sierra, sonoridades de metrópoli, Diego Lerma, lentamente, bajó hacia la feliz llanura de su infancia.

II

—¿Sabes, Diego Lerma, quiénes acaban de llegar, después de tantos años...?

Se quedó, Diego, sin contestar, mirando como en ausencia, al amigo.

—Pues, la señora de las Casas Grandes... ¿Te acuerdas...?

Entonces Diego Lerma, que recordaba bien, con voz lejana, paseándose la mano por los recuerdos, preguntó:

—¿Doña Lucía de Herquíñigo? ¿Tú... las has visto, amigo?

—No. Dicen que vienen de Europa... de no sé dónde...

Se quedó nuevamente, Diego Lerma, en tumultuoso silencio. Al fin se atrevió a interrogar:

—¿Y ella... Beatriz... la señorita Beatriz...?

Nada sabía el amigo.

Disimulado ahora, en un ángulo de la Capilla, en el que se acurrucaba también, perseguido por el humo gris del incienso, el blanco olor de los jazmines, Diego Lerma repasaba exaltadamente el rosario gozoso de sus recuerdos. Ahí, en ese reclinatorio de afelpado carmesí, luminosa, angelical, cuasi ingrávida, la había visto, la primera vez... ¿Vendría, ahora, a la misa? Sí, ¡claro! su corazón la presentía. Sus sentidos, como raíces infatigables, la habían seguido, la habían palpado, siempre, a través del peso obscuro del tiempo y de las distancias. ¿Se habían de engañar ahora?

Sin querer, le distrajeron los aspavientos de un torpe monacillo y el ir y venir de unas viejas graves y bien indumentadas, con caras de familiares, que colgaban, por acá y por allá, crespones negros, y encendían amarillos cirios...

Y se llenó de fieles la Capilla: campesinos encogidos, y viejos, y mujeres con sus chicos. Y apareció un imponente sacerdote, alto, con casulla morada, y se inició la misa. Involuntariamente sobrecogido, Diego Lerma, cerró su pensamiento y dejóse flotar en las ondas acogedoras de la fe. Con expectación estremecida, sintiendo, dentro, la jubilosa epifanía de su corazón, volvía, como en su niñez, a arrojarse anonadado en la gloria faustual de las liturgias; y esperaba oír de pronto una inusitada voz angelical, venida «desde arriba», que apagara con su extraterrena melodía, las graves notas del armonio. Inmóvil, en actitud de eternidad, no osando volver los mundanos ojos hacia el coro, recorría la mirada por los ornamentos y colgaduras del altar, ante el cual oficiaba el imponente sacerdote, ayudado de sus acólitos; por los devotos circunstantes...

Abatiéronse, bajo un hálito místico, las contritas espigas, y quedó sola, alta y ostensible, la calva venerable de un campesino que, en beatífica actitud de piedra, echadas hacia adelante las escarchadas barbas,

simulaba acaso un bienaventurado San Isidro. Posáronse en el viejo, aquietadas, las miradas de Diego Lerma, picoteando acá y allá en el manso rostro petrificado. . . , y,—¡oh, el buen viejo de las nivosas barbas: ¿no eres tú aquel vaquero Florián, que antaño recogía por los cerros, las ingenuas, las punzadoras «siemprevivas» azules, que alguna vez llevabas a Beatriz?

Como atraídas por fuerza extraña, las miradas del viejo se volvieron, lentas, encadenadas, mansamente, y se quedaron contemplando, a través del humo del incienso, y a través del humo de los años, hacia el coro penumbroso, y poco a poco, una sonrisa crepuscular fué iluminando sus mejillas socavadas. . .

Siguió Diego Lerma el hilo tendido de esa mirada. . . y ahí, arrodillada junto a la triste doña Lucía Inés, arrodillada en el heráldico reclinatorio de Beatriz, una niña de vivo rostro, desconocido, oraba, con exótica devoción. Por sobre su cabecita intrusa, el incienso vagueaba, azulando los cabellos arriscados. . .

Se le agitó en un loco aletear el corazón, a Diego Lerma: ¿Quién era esa niña, de bellos rasgos inesperados, cuya extranjera presencia substituía ahí, en el consagrado sitial de sus recuerdos, la ideal imagen de Beatriz? ¿Y Beatriz? . . . ¿dónde estaba, Beatriz?

Sin poderse contener, se deslizó hacia el viejo, y le susurró, apagando apenas la atropellada voz: —«¡Florián. . . buen viejo Florián: . . . ¿vive usted aún en esta hacienda. . . ? ¿aún le trae usted siemprevivas azules a la señorita Beatriz? . . . ¿Dónde está, Beatriz? . . . ¡dígame!

Lo miró el viejo atónito, y extrañado de su irreverencia; pero contestó, sin embargo, quedamente:

—Vivía, señor. . . Ahora vengo de muy lejos, a esta misa. . .

Bendecía, el ministro de Dios, en ese momento, a su grey, y el campesino se santiguó devotamente. Y mientras los fieles se revolvían en monótono rumor, el

viejo, volviéndose a Diego Lerma, que le acuciaba con la mirada, agregó, con apenada voz quejumbrosa:

—Todos los años vengo, señor caballero, a esta misa... a la misa de la finada patroncita... Se murió... se murió, por allá, la patroncita Beatriz, señor!... Ahí, está ahora, la «otra» patroncita...!

Diego Lerma se sintió hundir, hundirse definitivamente, en las aguas tormentosas de su pensamiento. ¿«Ella», se había muerto, se había muerto, por allá...? ¿Estaba muerta, Señor, estaba muerta? ¿Qué esperanza la había llevado entonces hasta allí?... ¿Qué poder «vivo» le había traído, le había atraído, hasta esa Capilla, olorosa a... esperanza, y a recuerdos?... ¡Muerta!... ¿Y esa niña... esa niña... Señor?

Desierta estaba, ahora la Capilla. Por los rincones, azuleaba aún el aroma triste del incienso, y unas florecillas de jazmín, como estrellitas perfumadas, cayeron por el rosetón entreabierto. Diego Lerma sacudió al fin los extraviados pensamientos. y sonámbulamente, se dispuso a abandonar la vacía tumba de sus recuerdos. Pero...

Inmóvil en el indeciso umbral, mientras su voluntad quisiera arrastrarle de allí para siempre, las miradas de Diego Lerma, como golondrinas rezagadas, revolotearon aún por el coro penumbroso... y ahí, desde el heráldico reclinatorio, carmesí unos vivos ojos—¡los mismos ojos de la celestial mirada!—le miraban exóticos, curiosamente...